



## VI.

### SOCORRO A MALTA.

1565.

Rendición del fuerte de San Telmo.—Asalto al Burgo.—Situación apurada.—Concéntrase la armada de España.—La conduce á Mesina D. Álvaro de Bazán.—Consejo de guerra.—Opinión contra el socorro.—Determinalo el Rey.—Lo prepara D. García de Toledo con suma habilidad.—Contrariedades del tiempo.—Desembarco en Malta —Derrota de los turcos.—Evacuan la isla.—Siguelos D. García hasta Grecia.



HABÍA empezado la segunda parte del sitio de Malta. Rendido el fuerte de San Telmo, trasladó Mustafá las tropas á las inmediaciones del Burgo; abrió nuevas trincheras; situó el campo, emplazó las baterías con las operaciones oportunas. El Gran Maestre, por su parte, no había desperdiciado el respiro que le daban los ataques hacia el puerto para mejorar las fortificaciones del interior; de modo que los turcos hallaron bien en que emplear sus conocimientos, teniendo que llevarles las galeras desde veinte leguas de distancia tierra y fagina para las trincheras por no darles material el suelo de la isla. El sol canicular y el relente de la noche les fueron asimismo contrarios, desarrollando en las filas las enfermedades epidémicas, compañeras, por lo general, de la aglomeración de gente; y aun cuando la reemplazaban con refuerzos de Constantinopla y de Trípoli, mucho trabajo, muchas bajas les costaba aproximarse á los fuertes del Burgo, de San Miguel y del Angel, á la vez combatidos.



Don García de Toledo, que seguía con impaciencia la marcha de las operaciones, escribía al Secretario de Marina <sup>1</sup>: «Tengo grandísimo descontentamiento de ver que bastan los enemigos hacer de nuevo una armada tan grande y venir en la cristiandad dos mil y seiscientas millas lejos de su casa, y que teniendo nosotros armadas las nuestras, no se haya bastado á hacellas venir á tiempo en este reino con las provisiones que de allá han de venir.» Examinemos las causas de la tardanza.

Don Alvaro de Bazán, general de las galeras de Sevilla y guarda del Estrecho, recibió á principios de Mayo orden de embarcar en Málaga artillería y municiones para Orán y Mazalquivir, adonde había de llevar además 1.000 soldados y 20.000 barriles de agua. En Cartagena se le incorporaron hasta 19 galeras y dos náves, con las que condujo á Barcelona tropa y material. Tocó en Palamós con objeto de recoger más gente y galeras nuevas; y agregándosele las escuadras de Nápoles, de D. Sancho de Leyva y Gil de Andrada, se halló á la cabeza de 35 de aquéllas. El 6 de Julio entraba con todas en Génova: no se le tachará de moroso. Recibió á bordo al tercio de Lombardía, y en la escuadra dos galeras de la República y una rezagada de Juan Andrea Doria. Llegado á Civita Vecchia se le unieron dos de Su Santidad, completando la cifra considerable de 40. Hacia rumbo con ellas hacia Napoles cuando aviso inesperado le alcanzó, noticiando hallarse cruzando á la embocadura del Tiber 60 de las turcas destacadas de Malta, á fin de impedir la concentración de las cristianas. La situación era grave. De la celeridad dependía la formación de la armada con que había de oponerse D. García de Toledo á la preponderancia otomana. El Gobernador de Civita Vecchia, avisándole de paso la caída del fuerte de San Telmo, le invitaba á surgir bajo la artillería del castillo, donde nada tendría que temer.

Instó la responsabilidad á D. Alvaro de Bazán á convocar á los otros generales á Consejo de guerra, en el que expuso

<sup>1</sup> *Documentos inéditos*, t. XXIX, pág. 155.



la cuestión en términos breves: «Rendida la fortaleza de San Telmo, venía á ser el estado de Malta tan crítico que importaba socorrer á tiempo, sin preocuparse de cosa que lo embarazara. Decíase cubrían el paso 60 galeras turcas; la armada cristiana no pasaba de 40; mas como estaban en manos de buenos capitanes y excelentes soldados, así hubiera en el aviso la certeza que no podía precisarse, pensaba convenir la continuación del viaje y, de topar con los enemigos, darles la batalla, esperando en Dios les concedería victoria» <sup>1</sup>.

Los generales aludidos no eran precisamente de la opinión de su jefe: la diferencia de 60 á 40, supuestas de igual fuerza, una á una, les parecía bastante expresiva para evitar el encuentro, considerando que si las españolas se perdían quedaba Malta sin esperanza de socorro. La expresión del voto del Consejo fué, en consecuencia, dilatar la salida; la resolución de D. Alvaro seguir, como siguió en el acto, hechas las prevenciones de combate, echándose á la espalda mayor carga por ir contra la opinión general.

Navegaba su Capitana en el centro de la línea; á la derecha la del Papa, la de Génova á la izquierda. Don Sancho de Leyva mandaba el ala de aquel lado; el Marqués de Estepa la de éste. No habrían andado 12 millas cuando se vieron en el horizonte las velas anunciadas; no por ello hubo mudanza en el rumbo que las aproximaba; se estrecharon sí los espacios, se apercibieron las armas, ondearon las insignias en los árboles y.... los blasones de España aparecieron por respuesta en las galeras que se estimaban turcas. Eran las de la escuadra de Juan Andrea Doria, despachadas en busca de la infantería de Florencia, no tantas, por cierto, como el recelo de los torreros de la costa había contado.

El día 21 de Julio llegaba D. Alvaro á Nápoles; en el acto embarcó los españoles de D. Alvaro de Sande, tomó á remolque 30 barcazas que había hecho construir D. García de Toledo y emprendió la última travesía. Vió, pues, el Capitán

<sup>1</sup> Fernández Duro, *Centenario tercero de D. Álvaro de Bazán. Boletín de la Academia de la Historia*, t. XII, pág. 188.



general de la mar, en Mesina, la agrupación casi completa de soldados y naves que tanto deseaba. Lo que aun le detenía era la instrucción y orden del Rey determinando la forma del socorro; el Virrey la esperaba por momentos, decidido á dar la vela así que Juan Andrea regresara con los 4.000 hombres que fué á llevar de Liorna. En el ínterin despachó á Malta al capitán Andrés de Salazar á fin de reconocer con exactitud las posiciones de los turcos; y queriendo explorar opiniones, reunió á su vez el Consejo de guerra, asamblea de notables, cuya lista despierta respetuosa emoción. Los jefes que asistieron á la toma del Peñón de Vélez, el señor de Ligny, el Marqués de Estepa, D. Guillén de Rocafull, D. Sancho de Leyva, D. Juan de Cardona, allí estaban con muchos más agregados; D. Sancho de Londoño, maestre de campo de la infantería de Lombardía; Pompeo Colonna, general del Papa; Ascanio de la Cornia, marqués de Castellón, el Conde de Altamira, Brocardo de Cremona, D. Diégo de Guzmán..... ¡Cuántas entidades para un acuerdo!

Las actas de tales consejos, en que consta el voto individual, son de gran provecho para el conocimiento de las personas históricas, y de todas las nombradas hay parecer. Así lo tuviéramos de Juan Andrea Doria, ausente.

El Virrey no les disimuló la situación de los sitiados. Por la exposición precisa que hizo, ceñían la ribera de Malta galeras y galeotas guardando estrechamente el acceso. La plaza se hallaba tan al cabo, que si en el movimiento había dilación podía llegar tarde el remedio. Era la voluntad del Rey ponerlo urgentemente, y de su parte estaba codicioso de acometer la empresa, teniendo disponibles, malas y buenas, 90 galeras, 45 naves embargadas al comercio, 6.000 soldados españoles, nuevos y viejos, y 1.500 italianos. De estas últimas tropas deberían llegar aún 4.000, y había facilidad para aumentarlas; no así de obtener las embarcaciones que su traslación exigiera. Con estos datos, pedía á los jefes de sutil ingenio allí reunidos discurrieran el modo de llenar los deseos de Su Majestad.

Ascanio de la Corgna ó Cornia, maestre de campo general



del ejército expedicionario, designado para iniciar los votos, excusó el juicio en cosas de mar, á que se reconocía ajeno. Sin embargo, manifestó que en manera alguna se pensara en aventurar batalla naval, más que por la enorme superioridad numérica de las 200 y más galeras de los turcos, en razón á la que moralmente poseían, efecto de continuados triunfos. Pero si hubiera medio de poner en tierra 9 ó 10.000 hombres sin la contingencia del combate, serían bastantes para afrontar á los 14 ó 15.000 que quedarían en el mermado ejército enemigo, por las ventajas que en disciplina y armas les llevaban los soldados españoles é italianos.

El dictamen de Ascanio concretaba fielmente la opinión de aquellos tiempos. Cervantes nos lo ha dicho. La infantería española se juzgaba incomparable en tierra; invencible en la mar la armada turca. No embargante, D. Alvaro de Bazán, á quien tocó hablar el segundo, dió muestra de criterio libre de prejuicios, proponiendo al Consejo un plan original.

Barcos de comercio sin artillería suficiente, como los que estaban embargados, no podían servir más que de estorbo: prescindiendo de ellos, y también de las galeras de malas condiciones, debía, á su entender, hacerse elección de 60 buenas; armarlas y guarnecerlas con lo mejor de todas, y embarcando 150 soldados en cada una, que harían 9.000, atravesar rápidamente el canal desde la isla de Gozzo. Por razonable hipótesis, una parte de la armada turca había de estar en el puerto batiendo los fuertes y descansando durante la noche de la fatiga diaria, mientras otra parte, por divisiones ó grupos, andaría en custodia de los puntos más accesibles de la costa; y podrían ocurrir dos casos: uno, que la escuadra del socorro pasara sin encontrar las enemigas, y entonces pondría en tierra los 9.000 soldados, dándoles munición y vitualla á hombro antes que pudieran impedirselo; otro, que topara con una de las divisiones de la guarda; y como en toda probabilidad ninguna excedería de 50 ó 60 galeras, escasas de brazos por el contingente prestado á las trincheras, las españolas, reforzadas como iban, darían cuenta de ellas.

A pesar de la influencia que suele ejercer una opinión an-



ticipada, los otros generales, más autorizados por edad y grado, encontraron un mundo de razones contrarias al atrevido proyecto de D. Alvaro. La operación de desembarco es lenta de necesidad; de día no era fácil verificarla sin ser descubierta y sin que acudieran á impedir la todas las naves contrarias en razón al corto perímetro de Malta; la noche, madre de confusiones, es arriesgada al pánico. No era cosa tampoco de dejar en la playa á los soldados con alguna galleta en el morral; habría que proveerles de acémilas y de artillería, sin lo cual desde el momento irían cansados y con poca defensa; de modo que la batalla naval se presentaba inevitable, sin que pudiera ponerse en duda el resultado adverso.

Bazán respondió á las objeciones con lección que tendría aprendida de Horacio, si la experiencia propia no se la dictaba. «En las empresas, dijo, después que se han pesado bien las circunstancias, hay siempre que dejar algo á la fortuna.» Sentencia parecida solía repetir Pero Niño en sus navegaciones.

Empero Alvaro de Sande, Sancho de Leyva, Pompeo Colonna, los demás capitanes, no abogaban por la audacia. Quién aconsejó llevar las fuerzas disponibles á cualquier ataque en Africa que sirviera de distracción á los sitiadores; quién que se esperara en Siracusa alguna oportunidad imprevista; el socorro de Malta ninguno. ¡Así el Consejo aliviaba la responsabilidad del Capitán general y satisfacía á la ansiedad de Europa!

Don García acudió aún á otro expediente: tras los consejeros de guerra escuchó á los pilotos y prácticos de costa, que confirmaron la sentencia de abandono de los caballeros de San Juan. El dictamen pericial declaraba imposible el propósito de echar la gente del socorro en tierra.

Por fortuna el caudillo no era hombre irresoluto ni encogido. Las opiniones del Consejo le servían de alimento al espionaje, guardando mejor el secreto de su decisión: el secreto, factor de incalculable efecto en las operaciones de la guerra.



Pasaron diez días con movimiento de naves y de tropas que nadie se explicaba; las plazas estaban bien guarnecidas y provistas; Antonio Doria, instruído de lo que había de hacer, con 30 galeras puestas á sus órdenes para cubrir la espalda. Llegó en este tiempo Juan Andrea Doria con los florentinos; el correo de la corte llegó. ¡Al fin!

Movieron á seguida los remos 60 galeras escogidas; tomaron á bordo en Siracusa 150 soldados cada una. El plan de D. Alvaro de Bazán, coincidiendo con el que de tiempo atrás tenía concebido el Capitán general de la mar, iba á ponerse en práctica. Los pormenores estaban de antemano calculados y dispuestos con una precisión admirable. De las galeras se había sacado el fogón, el esquife, los repuestos, las pavesadas, aligerándolas cuanto era posible y rodeándolas de jareta; á los soldados no se consentía llevar más que las armas y una camisa con que mudar la puesta. Son detalles, al parecer, insignificantes, pero que revelan la previsión del jefe; la mediación de las instrucciones en que se ordenaba aferrar los remos por el luchadero y las cadenas de los forzados; matar los gallos, que podrían denunciar con el canto la presencia de los bajeles; en una palabra, navegar precabidos, sin luces y en absoluto silencio.

El 26 de Agosto dejaron el puerto con salva de artillería, dividida la armada en tres escuadras, como de ordinario: Don García de Toledo, con la de vanguardia; la del centro, al mando de D. Juan de Cardona; al de D. Sancho de Leyva, la retaguardia. El señor de Ligny iba de descubierta con cuatro galeras á bastante distancia. Llevaban á remolque 40 barcones y 20 fragatas, con los sacos de bizcocho y municiones: de llegar á la playa, no había otra cosa que hacer que embarcar los hombres.

Juan Andrea Doria, que se había brindado á las comisiones de mayor empeño, marchó por delante con su galera sola, con objeto de reconocer el canal de Gozzo y desembarcar un hombre inteligente que desde la isla hiciera señales concertadas. Le ocurrió un incidente desagradable: dió caza á un bergantín, que se metió en paraje donde no pudiera acercarse



la galera; y como ésta no llevaba esquite, en una barquilla capaz de cinco hombres desembarcó 20, que fueron muertos ó cautivados, con lo que, en lugar de conseguir noticias de la armada bloqueadora, daba á los turcos ocasión de que la tuvieran de la cristiana si ponían á cuestión de tormento á los prisioneros.

Mayor contrariedad sufrió Don García, sorprendido sobre cabo Passaro por un temporal extraordinario en la estación. Imposible resistir la gruesa mar con las barcazas por la popa; varias se perdieron, partidos los remolques, y las galeras mismas, tan aligeradas de carga, aguantaban mal el peso alto de los soldados; hubo forzosamente que correr hacia la isla Faviñana, de allí á Trapani, y desembarcar á la gente mareada, proporcionándola descanso. Segunda vez dispersó á la flota el temporal. Cualquiera dijera que lo soplaban los turcos, causando las averías y, lo que era peor, la desertión de no pocos soldados. Hasta el 5 de Septiembre no volvieron á reunirse todas las galeras en el Pozal, punto al que llegó también Juan Andrea con aviso de sostenerse los caballeros de Malta en el Burgo y en San Miguel. El 6 nuevamente se pusieron en movimiento, entrando á media noche en el canal de Gozzo: una luz que brillaba en cierto lugar de la isla dió á entender á D. García lo que deseaba. Sin vacilar puso las proas hacia el puertecillo de Malacca, aguantando sobre los remos el resto de la noche, con serenidad imponderable, por reinar viento fresco con mar gruesa. A la primera claridad, cargadas las barcazas, se arrimaban á la playa; sea el Capitán general quien lo refiera <sup>1</sup>.

«S. C. R. M. Hoy, que son los 7 del presente, al amanecer ha sido Dios servido que sin pérdida de un remo, aunque á peligro de perderse hartos, se hayan puesto en tierra nueve mil y seiscientos soldados para el socorro de Malta, que teniendo, como espero que ternán, el ayuda de Nuestro Señor, pues Él no hace merced que no sea cumplida, me parece, segun la bondad dellos, que bastan para mayor cosa; y aun-

<sup>1</sup> *Documentos inéditos*, t. XXIX, pág. 484.



que pudiera ponerlos la noche en tierra, habiendo tenido la mayor parte della en la isla, y pasádola con el remo en la mano, temiendo no me sucediese, con la confusión della, alguna desgracia, esperé hasta el hacer del día, lo cual se hizo con tanta orden como si fueran cuatro ó cinco galeras. Sirvieron muy bien los capitanes de mar, y particularmente D. Álvaro de Bazán y la gente principal. Y certifico á V. M. que se ha salido con cosa harto más peligrosa y dificultosa de lo que se puede pensar, especialmente que el día antes habían estado más de cincuenta galeras en el propio lugar adonde yo desembarqué.....; me quedé con mi sola Capitana, y en ella á Juan Andrea, que sirvió muy bien esta noche y ha pasado en la navegación, que hizo con su galera solo, harto trabajo..... No me partí hasta que se retiró bien dentro en tierra toda la vitualla y municiones de pólvora, plomo y mecha, y alguna cantidad de capas, palas y picos. Púseles en tierra bizcocho para mes y medio.....»

No dijo que el 8 de Septiembre era el día en que los turcos habían de dar el asalto general, y al efecto se habían apartado las galeras de guardia, debiendo desembarcar su gente al amanecer; calló muchas cosas; pero iba dentro de la carta un papel suelto escrito á última hora que harto explicaba.

«En el Gozzo me dijeron que Melchor de Robles, maestre de campo de la infantería española de este reino, había muerto en la batería de San Miguel, habiendo hecho lo que debía al cargo que tenía y al lugar en que se hallaba, con harto sentimiento del Maestre, porque había ayudado muy bien á defender aquello. Suplico á V. M. mande tener memoria de sus hermanos para hacelles merced en lo que hubiere lugar. Y también á mí me ha tocado mi parte, porque en el mismo lugar dicen que murió un hijo que allí tenía »

Cuando se hubo despedido el Virrey de las tropas, ofreciéndoles volver prontamente con 4.000 hombres más, víveres y pertrechos, se unió á la escuadra, que le esperaba mar á fuera, y teniendo el viento favorable dió la vela para Sicilia, pero no como quien escapa; al contrario, tomando la costa de Malta á mano derecha, la contorneó hasta pasar á



la vista de la flota turca, fondeada en el puerto de Marza Muscietto, y al llegar al través del Burgo, arbolados los estandartes y fámulas, hizo salva general á la bandera de los caballeros de Jerusalén. Sitiados y sitiadores comprendieron por el acto que el socorro era llegado á salvo.

El primer impulso de Piali fué castigar la osadía de las naves cristianas, para lo que mandó levar las anclas; mas no tardó en volver al puerto, temeroso de un ataque por la espalda en las trincheras. Delante de ellas no había ya otra cosa que un montón de escombros con que se cubrían unos pocos héroes; obra de 60.000 cañonazos ayudados de los hornillos de las minas; pero desde aquel montón, cantando *Te Deum laudamus*, presenciaron los hospitalarios soldados la indecible confusión y apresuramiento con que las gentes feroces de Mustafá arrastraban los cañones, levantaban las tiendas, evacuaban el castillo de San Telmo, conduciendo los efectos á la flota.

A los expedicionarios de Sicilia favoreció grandemente la precipitación que el temor impuso á los enemigos, habiendo de hacer una jornada á campo traviesa, cargados con los víveres y municiones bajo un sol abrasador; en llevarlas á la ciudad, en el centro de la isla, emplearon dos días.

Descansaban en el caserío bien ajenos de que un traidor salido de sus filas, un soldado de la compañía de D. Juan de Aragón, morisco, natural de Alcañiz, se había pasado á los de su fe, informando inexactamente, por fortuna, á Mustafá que, por deserción en las arribadas de los cristianos y enfermedades causadas por la fatiga del viaje hecho con temporal, no pasaba la tropa del socorro de 5.000 hombres. La declaración avergonzó á los jefes, que al punto determinaron volver á tierra, y he aquí á los que descansaban obligados á tomar las armas.

Don Alvaro de Sande, el primero, tuvo aviso del movimiento, é irreflexivamente, sin contar con los otros jefes, sin coraza, montó á caballo, gritando al capitán Diego de Salinas que le siguiera con su compañía de arcabuceros, á fin de impedir que los turcos se apoderaran de una colina próxima,



hacia la que se dirigían. Cortóle el paso Ascanio de la Cornia, observando que los turcos habían de subir cansados, y esperándolos detrás de las tapias de la ciudad tendrían sobre ellos gran ventaja. Don Alvaro nada oía; corrió á la colina, comprometiendo la acción por haber avanzado con tan corta fuerza y tener que resistir solo el empuje de todo el ejército contrario; pero ¡cuán distinta era la actitud de éste á la que alardeaba cuando vino! Bastó un amago de carga de los arcabuceros de D. Alvaro para que la vanguardia se desbandara, y cuando salieron de la ciudad los escuadrones, corrieron á la playa los turcos, dejándose acuchillar por la espalda hasta dentro del agua, donde hallaron reparo de la artillería de sus galeras.

El 12 de Septiembre desaparecieron en el horizonte las velas conductoras de los mahometanos. Hassán enderezó las proas de sus naves á Occidente en regreso á Argel; los corsarios partieron cada cual por su lado, mientras Piali y Mustafá, más temerosos de la vista de su señor que de las armas de los cristianos, tristemente navegaban hacia donde nace el sol en apariencia.

Viólos D. García al llevar la segunda expedición de soldados con muchos caballeros, y, retrocediendo, desembarcó esta gente, ya innecesaria, en Siracusa. Volvió inmediatamente á Malta para librar á la isla de consumidores de raciones y al Maestre de huéspedes embarazosos; tomó á bordo las compañías de españoles de Nápoles y de Sicilia, haciendo derrota á Levante sin descansar un solo día. Acariciaba la probabilidad de que se dividiera la armada turca despachando á Constantinopla las galeras averiadas, con heridos ó enfermos, mientras las otras quedaran á la mira en Grecia, en cuyo caso, ganando á todas en velocidad, podría batir alguna de las divisiones ó acometer á las rezagadas. Con este plan se adelantó hasta Cérigo, esperando tras una punta la señal de los vigías que situó en tierra; pero la suerte no le favoreció con ocasión que coronara su grande obra. Avisado Piali de la aparición de la flota cristiana, se entró en Modon con la suya, dando tiempo al consumo de raciones que tenía



que obligar á D. García al retorno, como lo hizo á Messina el 7 de Octubre, dando fin á la campaña.

Duró el sitio famosísimo de Malta cuatro meses, y costó á la cristiandad la vida de 260 caballeros y de cerca de 8.000 soldados. La pérdida de los turcos, incierta, no bajó de 30.000 hombres por el promedio de datos recogidos por los historiadores del tiempo.

Con extraordinaria solemnidad, proporcionada á las aprehensiones de un año, se celebraron en Roma y en la corte de España las nuevas satisfactorias; júzguese del efecto por esta letra <sup>1</sup>:

«El Rey.—Ilustre D. García de Toledo, capitán general de la mar y virrey de Sicilia. Todas vuestras cartas he recibido y entendido por ellas, y otras del Gran Maestre, y primera que invió Antonio de Oria, el subceso y socorro que, con ayuda y favor de nuestro Señor, se ha tenido en lo de Malta, lo cual os agradezco mucho, que no pudiera venir cosa que más satisfaccion y contentamiento me diera. Y todo lo que ordenastes y proveístes fué como de vuestra prudencia y experiencia siempre esperamos. Este servicio ha sido tan principal y señalado, y de tal calidad é importancia para el bien de la cristiandad y de nuestros señoríos y estados, que me habeis puesto en nueva obligacion, y así podeis estar cierto que para honraros y favoreceros y haceros merced, hay en mi la voluntad ques razon, y mereceis.»

Merecido realmente. No fué sólo D. García liberador de Malta; desde aquella roca empujó al poderío de Solimán *el Grande* desde el punto de la culminación hacia el plano inclinado de la decadencia; quebrantó su superioridad moral; enseñó á los pueblos cristianos, empezando por los que gobernaba, que los turcos no eran invencibles en la mar, como

<sup>1</sup> *Documentos inéditos*, t. XXIX, pág. 567, fecha en Madrid á 5 de Noviembre. Para perpetuar el recuerdo de la salvación de Malta, mandó el Gran Maestre que fuese celebrado todos los años en las iglesias de la isla el día del nacimiento de la Virgen María, y que después del oficio divino se leyese á los concurrentes la historia del cerco. La fiesta religiosa subsiste.



se había creído. Bien hizo Pedro de Salazar en poner por título á la obra en que narraba prolijamente las ocurrencias del sitio, HISPANIA VICTRIX.

«Faltará el mar, y cuanto en sí produce  
La tierra, y altos montes que sustenta,  
El alto firmamento que reluce  
Y de sus signos la importante cuenta,  
Antes que el nombre del valor que induce  
Á toda lengua á le pagar tal renta;  
Que sea acabado el mundo y sus colores,  
Y no se acabe el son de sus loores» <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Del mismo Pedro de Salazar.

